

## Capítulo 4

### Paz y ambiente Su relevancia para la seguridad

*Úrsula Oswald Spring*

#### 4.1 INTRODUCCIÓN

Este capítulo vincula el deterioro ambiental con los esfuerzos de paz en un contexto más amplio, donde el modelo económico dominante basado en el desperdicio de energía fósil, desigualdad social, consumismo, moda y crecimiento ilimitado ha llevado al planeta y a la sociedad a sus límites de supervivencia. Esta situación ha afectado de manera diferencial a regiones, culturas y clases sociales, y las mayores víctimas han sido sobre todo los países del Sur y sus grupos vulnerables. Desde fines de los ochenta, y en las condiciones socioeconómicas, políticas y naturales crecientemente más adversas, las mujeres, los pobres y los movimientos urbanos populares (Schteingart, 2006) han enfrentado condiciones difíciles que los han forzado a desarrollar estrategias de supervivencia (Oswald, 1991).

Dichos grupos vulnerables y frecuentemente marginados se han organizado colectivamente (Larrain, 2005) y han creado modelos alternativos de vida para todos (MST, 2005, 2003; Le Bot, 1997; Oswald, cap.13) y no sólo para una pequeña élite. Confrontados con la concentración de la riqueza, la destrucción ambiental, la homogeneización cultural y la inseguridad personal y frente a un aumento en el consumo de drogas y la pérdida de confianza en las autoridades, varios organismos de la ONU han desarrollado un nuevo concepto de “paz sustentable” (Peck, 1998), en analogía al “desarrollo sustentable”.

Con esta visión de paz sustentable surge la pregunta de si ésta puede conceptualizar la actual destrucción socio-psicológica, cultural y ambiental. ¿Pueden estos esfuerzos conceptuales y políticos controlar las fuerzas centripetales de la destrucción dentro de un contexto de creciente violencia? ¿Es este acercamiento capaz de apoyarse en los valores tradicionales de la no violencia y en la construcción de consensos que surgen desde diversas culturas (Salinas y Oswald, 2002; Rupesinghe, 1998; Mandela, 1994; King, 1998) y que han buscado la convivencia durante milenios? ¿Pueden estos nuevos procesos reconocer el papel activo de las mujeres en la conciliación y en la protección ambiental como alternativas prácticas de resolución pacífica de antagonismos, sin afectar aún más el ambiente y las redes sociales deterioradas?

Ante esta complejidad, el capítulo explora brevemente las conceptualizaciones sobre la paz al revisar la violencia física, estructural, cultural y de género, los acercamientos a la paz positiva y negativa, así como la paz feminista (4.2). Después comenta el acercamiento de Gaia, la ecología profunda, la social, el ecofeminismo y el eco-marxismo e indaga la posibilidad de una paz ecofeminista (4.3). A continuación discute los retos teóricos y políticos del concepto “paz sustentable” (4.4) y averigua el potencial de relacionar la paz sustentable con la equidad de género desde una perspectiva histórica y regional (4.5). Los más particularmente expuestos y afectados son los países del Sur y los grupos vulnerables. Asimismo, la mayoría de los enfrentamientos armados ocurren en estas regiones y la situación compleja se agrava aún más con los efectos del cambio ambiental global y el aumento de los eventos hidrometeorológicos más extremos que frecuentemente dejan desastres sociales. Finalmente, el futuro de la paz sustentable depende de sus potencialidades, sus límites y su capacidad de mejorar la igualdad y equidad para mujeres y grupos altamente vulnerables (4.6).

## 4.2 REFLEXIONES CONCEPTUALES SOBRE LA PAZ

El término paz está relacionado con el bienestar de cualquier persona. Es un valor aceptado globalmente y en la mayoría de las culturas representa un *desideratum* de armonía, tranquilidad, cooperación, alian-

za, bienestar y acuerdos. Como cualquier otro concepto, la paz se ha construido socialmente, se ha transformado históricamente, y se le han integrado nuevos elementos múltiples. En razón de que en el pasado los conflictos se resolvían de manera violenta mediante una guerra, la primera expresión legal se encuentra en los acuerdos de paz de Westfalia en 1648,<sup>1</sup> donde se establecieron los fundamentos de las leyes internacionales y los principios que guiaban las relaciones entre Estados soberanos. Esta “paz negativa” que terminó la Guerra de los 30 Años se amplió posteriormente —en muchas propuestas de paz— con conceptos y propuestas hacia una “paz positiva”, complementada con un enfoque concentrado en el Estado, que predominó hasta el término de la Guerra Fría, unos 341 años más tarde. Desde los noventa se gestó gradualmente un entendimiento profundizado de seguridad y de evolución multidimensional, al incorporar junto a la seguridad militar, la humana, la social, la ambiental y la de género (Brauch, 2001, 2003, 2005, 2005a, 2006b, 2006d, 2006e, 2007, 2007a, 2007b, 2007c).

Este capítulo relaciona las teorías dominantes de paz con la destrucción del ambiente y la discriminación mediante las relaciones de género (Muthien y Combrinck, 2003; Muthien y Taylor, 2002; Serrano, 2004). Como la paz es una parte central de la identidad personal y social en un mundo donde los sistemas de valores, ideas y prácticas han cambiado rápidamente, se explora a continuación “la paz sustentable”.

<sup>1</sup> Estos acuerdos terminaron la sangrienta Guerra de los 30 Años (1618-1648) en Europa Central. Debido a la complejidad del conflicto y los intereses de poder del emperador Fernando II y su hijo Fernando III con sus aliados por un lado, y los reyes de Francia y Suecia por el otro, el proceso de negociación cambió la estructura europea de poder existente. Al lado de una amnistía general e ilimitada, las consecuencias eran el fin de la comunidad de las naciones bajo el control del Papa, del emperador y el nacimiento de un sistema moderno de Estados. Cuando los Habsburgos fueron derrotados, expandieron sus intereses imperiales hacia los Balcanes. Como la unidad religiosa bajo el mandato del Papa se hizo imposible (lo que representó sin duda alguna una victoria para los protestantes), se desarrolló una nueva norma internacional entendida como el principio del equilibrio. La paz de Westfalia (1648) abrió el camino hacia la tolerancia política, ideológica y religiosa, lo que impidió que las fuerzas imperiales intervinieran en asuntos internos de un país o una monarquía legalmente constituida. Pero desde 1648 se evidenció que los dictados poderosos y el cumplimiento o la falla de los acuerdos sustituyeron la lucha ideológica del siglo XVI con ambiciones territoriales en los siglos XVII y XVIII (López, 2004: 892).

La historia empieza con “la diplomacia preventiva”, término desarrollado por Dag Hammarskjold, adoptado después por Boutros Boutros-Ghali, y hoy utilizado en diversos discursos gubernamentales y prácticas en las relaciones internacionales. Esta estrategia trata de manera preventiva limitar el escalamiento de conflictos hacia la violencia y evitar que surjan enfrentamientos violentos. La prevención se basa en soluciones políticas, ampliamente exploradas en el contrato africano, para apoyar la emancipación de estos pueblos y lograr una vida digna. Los resultados violentos de los conflictos y guerras civiles, por ejemplo, en Costa de Marfil, Liberia, Sierra Leona, en la República Democrática del Congo, así como los golpes en la República de África Central, exigen una diplomacia activa, donde se agregue una perspectiva pan-africana con cuerpos de seguridad africanos (*African Security Corps*; Saruchera, 2004).

#### 4.2.1 Violencia física, estructural, cultural y de género

Johan Galtung, un investigador para la paz noruego, analizó primero “la violencia física” como causa de guerra y el proceso para evitar y detener este comportamiento inhumano después de la Segunda Guerra Mundial. Definió “paz negativa” como la ausencia de la violencia física directa. En los setenta, e inspirado por “la teoría de la dependencia” en América Latina, desarrolló el concepto de “violencia estructural”, al entender que las personas sufrían o morían como resultado de la injusticia y del subdesarrollo económico. Para contrarrestar estos peligros estructurales, Galtung sugirió el concepto de “paz positiva”, donde la discriminación y la explotación se sustituirían por justicia y solidaridad. Finalmente, durante los ochenta añadió “la paz cultural” como proceso de aprendizaje de comportamientos capaces de respetar todas las diferencias y de ser tolerante con otros pensamientos, creencias, idiosincrasias y entendimientos culturales, mediante procesos de aprendizaje de sus experiencias históricas y de sus prácticas de conciliación noviolenta de conflictos (Galtung 1971, 1982, 2007). Finalmente, ante una violencia basada en el género (vbg), Oswald (2001, 2007, 2008) propone la ausencia de violencia de género y “paz de género y de minorías”.

Estas conceptualizaciones fueron enriquecidas por múltiples reflexiones sobre la paz en todo el mundo. Desde los sesenta, la conso-

lidación del capitalismo global de la posguerra amenazó el desarrollo y la convivencia pacífica en América Latina, donde las intervenciones encubiertas o directas del vecino del Norte generaron frecuentes golpes militares, guerras civiles, masacres y etnocidios (Díaz Müller, 1982). “La teoría de la dependencia” evolucionó en los setenta en América Latina (Marini, 1973; Dos Santos, 1978; Furtado, 1965, 2004) y fue retomada en otras partes del mundo, donde Galtung (1971) la transformó en “imperialismo estructural”, Senghaas (1973) en “desarrollo auto-centrado”, Nyerere en *ujamaa* y Nkruma en “socialismo africano”.

Oriente contribuyó conceptualmente con las prácticas de la no-violencia a otros humanos y a la naturaleza (véase cap. 2 de la misma autora). En la tradición hindú está el concepto de *ahimsa* (Parmar, 2003; Gandhi, 1984, 1996, 1966) que significó no dañar a ningún organismo vivo, ni a cualquier forma de vida porque contiene formas sucesivas de reencarnación y de evolución de un espíritu. El taoísmo chino propuso la armonía entre cielo, tierra y humanos para generar la energía cósmica que representa el camino hacia la inteligencia y la vida fructífera (Confucio y Lao Tse 551-479 a.C.; Watkin-Kolb y Quing, 2000; Durant, 1956; Paper, 1997). En Mesoamérica y América del Sur, las sociedades indígenas que habitan en diversos y a veces complejos ecosistemas desarrollaron equilibrios, respeto y unidad con la naturaleza y un profundo conocimiento sobre el manejo ambiental (véase Sánchez, cap. 9).

Finalmente, la oscura historia de la discriminación de género, la violencia intrafamiliar, los feminicidios, los infanticidios, la violación, la pornografía, el tráfico de mujeres y niñas han acentuado la vulnerabilidad de las mujeres (Söderberg, 2004). Ello se reflejó en la aceptación unánime de la Resolución 1325, el 31 de octubre de 2000 en el Consejo de Seguridad, que ha reforzado las actividades sobre la corriente de género dentro de las dependencias de la ONU; además, ha tratado de inducir la equidad de género como principio guía en las actividades del quehacer político de sus Estados miembros. El papel crucial de las mujeres en el desarrollo (Collín, 2004; Oswald, 2001; Shiva, 1988), la protección ambiental (Pickup, 2001; Salleh, 1984, 1992), la transmisión de conocimiento (Bordo, 1990; Harding, 1988 1991), la economía de regalo (Vaughan, 1997) y la conciliación pacífica de conflictos (Boulding, 1992, 2000) se hizo visible cuando la Plataforma de Beijing se

articuló con la Agenda XXI (Río de Janeiro, 1992) y con los esfuerzos del desarrollo sustentable (Oswald, 1999). Por ello, la consolidación de la sociedad civil con la participación activa de las mujeres es crucial (Valenzuela, 1991; Tomasevski, 1993) para el futuro de la sustentabilidad del planeta con calidad de vida y paz. En síntesis, un mundo de paz tiene simultáneamente que superar la violencia estructural, cultural y de género (Muthien y Taylor, 2002).

#### 4.2.2 Paz positiva y paz negativa

Sustentado en los trabajos de Galtung sobre la violencia y la paz, los estudios para la paz han distinguido, desde los setenta, entre paz “negativa” y “positiva”. El enfoque inicial analizó el proceso de “paz negativa” y cómo reducir o eliminar las relaciones negativas que llevan a la violencia y la destrucción, lo que incluye el control de armas y el desarme (Brauch y Clarke, 1983). También significó la ausencia de violencia física. En los procesos de pacificación, el primer paso era detener la confrontación armada y la mayoría de las reflexiones sobre pacifismo se relacionaban con esta paz negativa (David, 1999). La tradición romana sistematizó la ausencia de guerra (*Vis pacem, para bellum*), aunque introdujo también la paz positiva al respetar los acuerdos (López Martínez, 2004).

El concepto de paz positiva sugiere la eliminación de la violencia estructural y cultural que crea o mantiene estructuras injustas en términos sociales, económicos, culturales y políticos. Se refiere a procesos culturalmente diversos que permitan analizar en diferentes naciones y culturas los patrones de comportamiento que consoliden una coexistencia armoniosa. Reconoce la posibilidad de la violencia, la guerra y la discriminación, pero promueve instituciones para consolidar la justicia, la democracia, la tolerancia, el cuidado y la solidaridad (Galtung, 1982; Salinas y Oswald, 2002; Oswald, 2000a).

El concepto de “paz positiva” enfoca el objeto de estudio en la relación armoniosa entre los seres humanos (De la Rúa, 2004; Ameglio, 2002, 2004). En las relaciones de negocios se han desarrollado relaciones de mediación para superar la incompatibilidad y los intereses en conflicto. En las regiones de posguerra se desarrollaron (Reychler y Paffenholz, 2001) y aplicaron los conceptos de conciliación en diversos

contextos culturales, y se intentó sanear los traumas infligidos durante la guerra y la violencia asociada. Evolucionaron diferentes estrategias en el proceso complejo de pacificación. En África del Sur (Mandela, 1994) la investigación sobre violaciones, crímenes de guerra y el uso del cuerpo de las mujeres como campo de batalla (Denov, 2005; Rehn y Johnson, 2002) generaron modelos prácticos de conciliación en todo el mundo. El perdón mediante la recuperación histórica colectiva, incluidos el horror de la guerra por ejemplo en Guatemala (Cabrera, 2002; Padilla, 2002); la *kriiss romaní* en la cultura de los romanos (Armendáriz, 2004; Rojas Venegas 2004); el *gacaca* (juzgado de pueblos asentado en el pasto) en Burundi y Ruanda como un tipo de tribunal popular para reparar los daños causados durante la guerra civil. Los romanos establecieron procedimientos de justicia en una sociedad que no cuenta con un territorio determinado.

Pero el proceso de reconciliación no podía avanzar si todavía estaban los elementos estructurales de violencia, y las causas de su origen no se eliminaban conscientemente para evitar futuras incompatibilidades y nuevas violencias; como en el caso de Angola, no existía solución mientras no se evitaran incompatibilidades futuras, se controlaran los caciques de guerra y su acceso a las armas. Sólo entonces era factible consolidar el proceso de negociación y podían cambiarse los comportamientos violentos de modo que para toda la sociedad existiera una situación de “ganar-ganar”, que pudiera entrar a fondo en la resolución de los conflictos y recuperar la armonía. En este sentido, “paz positiva” significa cambiar las prácticas y los pensamientos hacia una armonía de mente, espíritu y comportamiento. Una actitud general de cooperación implica expresión, emociones y pensamientos positivos que generan una situación de mayor equidad que puede cambiar las relaciones de explotación y discriminación (Oswald, 2007).

“La paz social” se basa en el desarrollo humano y evolucionó en Occidente: ofrece derechos humanos individuales, sociales, políticos, económicos y sociales a los pueblos y a las personas (Kant, 1965, 1981). Estos derechos se sistematizarían en la *Declaración Universal de los Derechos Humanos* de la ONU en 1948. En términos sociales y personales incluyen procesos de pacificación orientados hacia el cuidado recíproco, que permiten integrar los elementos opuestos y orientar los esfuerzos

positivos para eliminar las formas negativas de sentimientos y exclusiones. Así se consolida la amistad, la buena vecindad, la familia armónica, las relaciones equitativas entre género (Tomasevki, 1993) y las creencias. En esta fase crucial de pacificación debería eliminarse no sólo la violencia física y estructural, sino superar también la discriminación cultural, social y de género.

“La paz positiva” fue propuesta inicialmente por Lao Tse y Confucio (Tucker, 1997), más tarde reformulada por Kant (1965, 1981) en su tratado sobre “paz eterna” y finalmente modernizada por Senghaas (2004) en su “paz terrestre”. En su visión, este concepto regula también las relaciones entre Estados al crear una comunidad de naciones capaz de cooperar y vivir juntos en paz y beneficio mutuo.

Los términos “paz internacional y seguridad” fueron utilizados en la Constitución de la Liga de las Naciones (1919) y frecuentemente empleados en la Carta de la ONU (1945). De acuerdo con Wolfrum (1994:50) el significado de paz en la Carta de la ONU depende de la amplitud de la definición:

Si “paz” es definido en su sentido limitado se refiere únicamente a la ausencia de amenazas o al uso de la fuerza contra la integridad territorial o la independencia política de cualquier Estado (Art. 2(4) “paz negativa”); el término de “seguridad” contiene lo que normalmente se refiere a la noción de “paz positiva”. Esta noción se entendió más tarde como las actividades que engloban el mantenimiento de las condiciones de paz.

Después de los horrores de la Segunda Guerra Mundial, Europa decide resolver sus conflictos entre Estados mediante procesos de negociación y cooperación. Simbólicamente, se inició durante la Guerra de Corea en 1951, con la integración de un convenio sobre carbón y acero entre Francia, Alemania, Italia y los tres países Benelux. A partir de estos convenios, la integración de Europa se consolidó paulatinamente, basada en los Acuerdos de Roma (1957), Maastricht (1992) y Amsterdam (1997). Al reducir las disparidades internas a través de mecanismos de compensación y fomento a la cooperación, así como intercambios científicos y tecnológicos, se logró paulatinamente la consolidación de la Unión Europea.

La discriminación estructural y cultural fueron gradualmente reducidas y la cooperación económica y política se fortaleció en la misma medida, lo que permitió a un grupo de veintisiete países (en 2007) la oportunidad de establecer un modelo de resolución pacífica de conflictos mediante negociación. Para el resto del mundo representa un ejemplo de cómo se pueden superar envidias y conflictos ancestrales entre miembros que pocas décadas antes habían combatido de la manera más cruel e inhumana en dos guerras mundiales.

#### 4.2.3 Paz feminista

Los análisis sistemáticos de los procesos de paz han mostrado que pocas veces se incluyen mujeres en los procesos de negociación de paz (Boulding, 1992, 2000; Reardon, 1985, 1999; Reardon y Nordland, 1994; Muthien y Taylor, 2002). No obstante, han sido las más afectadas por la violencia, la opresión y la discriminación, pero la violencia contra las mujeres y en particular, las nuevas formas de convertir el cuerpo de la mujer en campo de batalla (Rehn y Johnson, 2002; Afriquenligne, 2007) han tenido efectos negativos también sobre los hombres y niños durante las guerras civiles, crisis económicas y la falta de seguridad física, estructural y humana (UNDP, 1996-2005), así como seguridad cultural (Tickner y Mason, 2002; Galtung, 1971, 1982). La equidad de género y la igualdad en la participación política y social de las mujeres sigue siendo un objetivo deseado (Fuentes y Rojas, 2005; Harding, 1991, 1988; Helfrich, 2001) y varias culturas han creado mecanismos múltiples para reducir la desigualdad entre géneros, la mayoría mediante un sistema de cuotas para acceso a trabajos y cargos público-legislativos (Lagarde, 1990). Sin duda alguna, las naciones con mayor participación femenina muestran una consolidación en sus procesos de paz. Las regiones expuestas a conflictos o a gobiernos autoritarios no incluyen balances de género en su agenda de desarrollo (World Bank, 1992, 2006). Una diferencia inicial entre los conceptos de paz feminista y seguridad de género está en sus objetivos; mientras que la primera se enfoca hacia la esencia de la paz y sus atributos, la seguridad de género interroga acerca de los mecanismos de discriminación y violencia, al preguntar ¿seguridad de género ante

quién y para qué, cuáles son los valores en riesgo y desde dónde y por quiénes surgen los peligros y amenazas? (véase Oswald, 2007, 2007a, 2008, 2008a y cuadro 2, cap. I).

El ecofeminismo establece una relación paralela entre la dominación masculina a las mujeres y la explotación irracional de la naturaleza, como resultado de instituciones patriarcales antidemocráticas, que mantienen los privilegios de pequeñas élites (Bennholdt-Thomsen, 1994; Bennholdt-Thomsen y Mies, 1999; Mies, 1998, 1982) y generan una desigualdad social aguda entre la gente, lo que provoca al mismo tiempo violencia e injusticia (Strahm y Oswald, 1990). Estos procesos destruyen la paz interna y externa, pero afectan también la coexistencia pacífica con la naturaleza. La inclusión de la componente “paz feminista” obedece a un pensamiento holístico, donde la ecología social trajo una nueva percepción acerca del planeta: la teoría Gaia o “la ecología profunda” (Menke-Glückert, 1994).

#### 4.3 ALGUNAS REFLEXIONES CONCEPTUALES SOBRE EL AMBIENTE

Cambio global y climático (IPCC, 1990, 1996, 2001, 2007; Crasswell, 2005), desertificación, escasez y contaminación del agua (Pérez Espejo, 2006), urbanización (Schteingart, 2006; Oswald, 2006b), pérdida de biodiversidad (UNEP, 2001, 2004) y explotación irracional de recursos naturales (Meadows, Randers y Behrens, 1972) han repercutido en todo el planeta y están amenazando el desarrollo postindustrial y, a la vez, a la humanidad entera. El Club de Roma insistió en los límites al crecimiento y en la escasez de recursos naturales (Meadows, Meadows, Randers y Behrens, 1972). Posteriormente, acercamientos más integrales socio-ambientales relacionaron los comportamientos económicos, sociales y culturales con los orígenes de los problemas al enfocarlos en “la casa” u *oikos*. Propusieron complejos paradigmas productivos, biológicos y filosóficos que se sintetizan en el término Gaia, al cual se integraron también movimientos sociales (Larrain, 2005) y feministas. Estos últimos propusieron modelos de auto-suficiencia alternativos (Shiva, 1988, 1993, 2003; Bennholdt-Thomsen y Mies, 1999) como los

movimientos campesinos y la soberanía alimentaria, para establecer una relación nueva entre naturaleza y humanidad (Shiva y Mies, 1997).

#### 4.3.1 Acercamiento Gaia

Como resultado de la destrucción creciente del ambiente (Haavisto, 2003; UNEP/PCAU, 2004), se ha desforestado más de un tercio de las selvas tropicales (UNEP, 2004; Geo-4 2007). Los procesos acelerados de urbanización (UNFPA, 2003), los desiguales términos de intercambio en el mercado mundial (Calva, 2007, 2003) y una conceptualización de seguridad ampliada y profundizada han obligado a considerar al planeta como un ente holístico; el siglo XXI se debería considerar como “el siglo ecológico” (von Weizsäcker, 1993), en el cual la humanidad entera trabajará en favor de la paz internacional y local, mediante procesos ambientales sustentables y políticas diversas de desarrollo justo y equitativo. El poder tecnológico ya no puede quedarse en manos de empresas transnacionales que trabajan en su beneficio propio (Kaplan, 2002, 2003), sino que deberían reorientarse hacia un desarrollo sustentable con paz para todos.

Los orígenes de “la ecología profunda” se remontan hacia la coyuntura de la posguerra. Leopoldo (1949) entendió que el ordenamiento territorial requiere de actitudes distintas, y Lovelock (1979) abrió con el concepto Gaia (*A New Look at Life on Earth*) una discusión profunda que fue retomada por cientos de teóricos de los temas ecológicos. Después del Club de Roma (Meadows, Randers y Behrens, III, 1972; McKie, 1992) y la falacia de los modelos de explotación de los recursos naturales, se discutió el conflicto entre visiones antropocéntricas enfrentadas a las cornucopianas (Gleditsch, 2003), que se basan en el trasfondo religioso judío, cristiano e islámico. Cuestionaron esta relación ancestral de explotación y sumisión de la naturaleza a las necesidades humanas (Brown, 1995; Drengson, 1989). Una visión crítica deliberó acerca de los parámetros del socialismo ambiental (Barry, 1995; Pepper, 1993, 1996; Pepper y Voisey, 1996), del bienestar humano (Bragg 1996); taoísmo (Bennet y Sylvan, 1987); de la educación (Bowers, 1993); del misticismo (Elkins, 1989; Gottlieb, 1995); de la ética y de los valores subyacentes al comportamiento humano depredador (Fox, 1989; Elliot, 1995; Engels

y Engel, 1990; Fox 1993), apoyados por políticas gubernamentales no sustentables (Conley, 1997; Eckersley, 1992). Un debate fructífero entre “la ecología profunda” y “el ecofeminismo” (Cheney, 1987; Zimmerman, 1987; Fox, 1989; Kheel, 1991; Salleh, 1984, 1992) permitió avanzar en la reconceptualización ampliada y profundizada de la seguridad.

Menke-Glückert (1994: 50-51) sistematizó en diez mandamientos los comportamientos humanos para reestablecer un equilibrio con Gaia:

Respeto a las leyes de la naturaleza; aprender de la sabiduría de la naturaleza; jamás reducir la diversidad y pluralidad; no contaminar; tendrás diariamente la responsabilidad que tenemos para con nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos; acatar el principio de sustentabilidad en todas y cada una de las actividades económicas; actuar de acuerdo con lo que digamos. Es responsabilidad personal aliviar cada día las cargas ambientales; preferir las soluciones pequeñas y la tecnología simple (Schumacher, 1973) para resolver los problemas por encima de soluciones y tecnologías sofisticadas y de alto impacto; denunciar los daños ambientales y la contaminación, y no manipular la información; escuchar atentamente a lo que nuestro propio cuerpo nos diga acerca del impacto que proviene de nuestro propio ambiente. Recuerda siempre que no podrás traspasar los cielos de la naturaleza (Gandhi, 1982, n.d.), y que siempre serás parte de ella.

#### 4.3.2 Ecología profunda

Con el libro de Rachel Carson *Primavera Silenciosa* (*Silent Spring*) se inició en 1962 un movimiento de ecología profunda de larga duración;<sup>2</sup> que combina una serie de reflexiones filosóficas: la “ecosofía” (Naess, 1973, 1989) que considera a la humanidad como parte integral de la naturaleza y así desarrolla una ética ambiental (García, 1988). El nombre profundo surge de una pregunta filosófica de fondo: ¿pertenecen las formas de vida humana a la ecosfera o domina la antroposfera a la naturaleza (Dalby, cap. 5)? Naess (1972) cuestionó el valor de los jui-

<sup>2</sup> Tivo repercusión en la formación de partidos verde en todo el mundo; véase por ejemplo, la campaña de David Orton, 2006 “Make Peace with ‘Nature’” (haz paz con la naturaleza) para obtener el voto verde en Canadá, en: <<http://home.ca.inter.net/~greenweb/GW63-Path.html>>, quien utilizó estos postulados en su campaña electoral.

cios humanos y postuló que los animales cuentan con un alma eterna, con razón y conciencia sobre sus actos en relación con otros animales, similar a la corriente jainista (Oswald, cap.2). Al incluir la ciencia de la ecología en la filosofía, Deval y Sessions (1985:85-88) descubrieron que “cualquier cosa está relacionada con cualquier otra cosa en otro lado”, lo que obligó a superar la visión antropocéntrica y relativizar a los humanos como centro del mundo. Al ganar mayor entendimiento sobre las maravillas de la naturaleza, esta corriente indujo la defensa práctica de los recursos naturales y de la Tierra, y abrió los ojos hacia una visión más biocéntrica del mundo. Este cambio en la conciencia individual, fincada en una percepción antropocéntrica hacia una de ecología profunda, donde el ser humano forma parte de la complejidad natural, representa siempre una opción personal (Chapple, 1997).

La relación con “la Madre Tierra” abrió el camino hacia el misticismo (Elkins, 1989; Gottlieb, 1995), la ética y los valores (Fox, 1989, 1990, 1993; Elliot, 1995; Engels y Engel, 1990). Diversas corrientes espirituales, basadas en el taoísmo chino y en el budismo hindú (también el budismo zen en Japón y el jainismo en India) permitieron revalorar la naturaleza y sus sistemas vivos. Rechazaron la extrema visión antropocéntrica y alienante de la cultura occidental y capitalista (Lao Tse; Confucio; García, 1988; Preiswerk, 1984; Bennet y Sylvan, 1987). La ética de la ecología profunda prohibió también la explotación de los seres humanos, dio valor a la vida no humana sobre la tierra, a la conservación de la biodiversidad y generó en la gente un respeto profundo por las bellezas de la naturaleza y su capacidad de enriquecer la cultura humana, al cuidar y dejar florecer los otros seres vivos y proteger el paisaje. Ello significa un cambio en la relación actual entre naturaleza y política, que ha desarrollado estructuras técnicas, sociales e ideológicas que alteran la diversidad en todas sus formas y sobre múltiples seres vivos. Afianzó la obligación de cuidar esta biodiversidad y los valores no humanos.

Políticamente, Gaia y los movimientos de ecología profunda han traído adicionalmente algunas ideas sobre descentralización y sobre lo “pequeño es bello” (Schumacher 1973), los compromisos para la paz y la resolución no violenta de conflictos (Glasl, 1994; Martinelli, 2000; Ikeda, 1981; Jahn, 1994), partidos verdes y ambientalistas que desafían las desviaciones antropocéntricas del modelo actual de globalización

depredadora (Maathai, 2003, 2006). En términos prácticos, el planteamiento maltusiano (1798) insistió en el control de la natalidad; algunas corrientes extremas pretendieron imponer la salud reproductiva en los países pobres, condicionada a la ayuda internacional, por lo que fueron tildadas de “ecofascistas”. En síntesis, los críticos del comportamiento explotador, depredador, utilitario y materialista (propio de la sociedad contemporánea consumista) están exigiendo una vida responsable y sustentable para el planeta Tierra, dejando la menor huella ambiental (Naess, 1989). La inclusión de la Madre Tierra llevó a las feministas a relacionarse con los movimientos ecologistas (D’Eaubonne, 1974; Shiva en Proemio). “Ecólogos izquierdistas” era la denominación del biocentrismo radical que produjo en los países desarrollados una corriente anti-industrial y anti-capitalista, pero no necesariamente socialista (Leopoldo, 1949; Dobson, 2007; Devall y Sessions, 1985; Sarkar, 1994; Livingston, 2007).

#### 4.3.3 Socialismo ecológico y ecomarxismo

Los defensores del socialismo ecológico criticaron las creencias de la ecología profunda y no aceptaron que el mundo existía sólo con valores intrínsecos (Fox, 1989, 1990, 1993; Brown, 1995; Barnhill, 1997; Bowers, 1993; Bragg, 1996; Chapple, 1997; Deval y Sessions, 1985; Paper, 1997; Tucker, 1997), sino que los humanos y las otras especies vivas tienen valor en sí mismos, y que los recursos naturales sostienen las vidas humanas (Barry, 1995; Bookchin, 1988; Gottlieb, 1995; Pepper, 1996, 1993). Subrayaron la desigualdad y la estratificación social de la sociedad que facilitaron la apropiación desigual de los recursos naturales, cuyos resultados son destrucción y contaminación, tanto por exceso y desperdicio, como por falta de acceso a los recursos indispensables. Desde la perspectiva de estos críticos de la ecología profunda, los seres humanos deberían ubicarse en el centro de las políticas y acciones. Sostienen que las relaciones humanas dentro de la sociedad son igualmente importantes, ya que determinan la relación con la naturaleza, el futuro de la humanidad, y el planeta. También cuestionaron lo que consideran “ecofascismo”, y los planteamientos misantrópicos de la ecología profunda.

Bookchin (1988) insistió en que la ecología profunda fracasaba en establecer un vínculo entre las crisis ambientales y los mecanismos autoritarios y jerárquicos del ejercicio del poder. Por lo mismo, las prioridades de esta corriente son sociales y no ambientales y se alejan del biocentrismo (Wan Ho, 1989) y del misticismo. Propugna por una sociedad igualitaria, no sexista, ni discriminatoria como meta deseable del futuro de la sociedad. Con estos comportamientos se reducirían los costos actuales de sobre-explotación de la naturaleza. El conjunto de estos enfoques promovió una visión más holística de la interrelación humanidad-naturaleza; y gesta a largo plazo un equilibrio entre desarrollo humano, conservación de recursos naturales, mitigación de procesos ambientales y recuperación por contaminación y destrucción ambiental, o sea una seguridad ambiental más integral (Dalby, Brauch y Oswald, 2009).

Este planteamiento se opone al paradigma cornucopiano que propone un crecimiento ilimitado y un consumismo para todos, donde la ciencia y la tecnología van a resolver los problemas presentes y futuros entre naturaleza y sociedad (Lomborg, 2001). Su planteamiento olvida las relaciones conflictivas que se han construido socialmente, y que se han reforzado o negociado políticamente, consolidando la desigualdad actual, que es evidente en el acceso desigual a los recursos naturales, y en los comportamientos de depredación. Los efectos visibles del cambio ambiental global los obligaron a aceptar los costos crecientes provocados por desastres naturales —socialmente inducidos— pero aun con estas evidencias claras y costosas no transforman su política de depredación hacia la prevención y el cuidado de los recursos naturales y de los ecosistemas. La tecnología puede ofrecer soluciones factibles, pero no inducir procesos de pacificación y cambios en las relaciones sociales (Lederach, 2001; Oswald, 2001). Además, el modelo actual de neoliberalismo no sólo destruye la naturaleza, sino que también crea una falta de balance estructural entre regiones, clases sociales, géneros y razas. Para lograr una coexistencia pacífica se requiere establecer equilibrios nuevos, capaces de prevenir y mitigar las crisis (OCDE/DAC, 1997, 2000; Stiglitz, 2002; ILO, 1989) y superar las desigualdades existentes. Al vincularse los movimientos de paz con las preocupaciones de los movimientos sociales y el ecofeminismo, se promovieron al mismo tiempo relaciones

diferentes entre humanos y naturaleza (Persram, 1994; Pickup, 2001; Plumwood, 1991; Meentzen y Gomáriz, 2003; Meyers, 1997).

#### 4.3.4 Ecofeminismo y paz ecofeminista

El ecofeminismo empezó al relacionar la explotación de la naturaleza con la de las mujeres (D'Eaubonne, 1974) y posteriormente se relacionó con los movimientos sociales y políticos contra la globalización y el modelo neoliberal, donde introdujo el componente ambiental y de género. Los argumentos principales eran que la opresión y la violencia contra las mujeres se parecía a la explotación de la naturaleza (Mies, 1998; Skjelsbaek, 1997). Ambas son víctimas del modelo imperante, caracterizado por el dominio de la propiedad privada y el modelo patriarcal jerárquico y violento (Kenya, 2000), en el cual el proceso de apropiación del plus-producto ha generado deterioro ambiental y social. Sus manifestaciones son el sobrepastoreo, la deforestación y la agricultura comercial que ha deteriorado y abusado del agua, de los suelos, y ha contaminado los ríos y mares (Shiva, Jafri y Bhutani, 1999). Estos procesos han arrebatado a las mujeres, indígenas, campesinos y comuneros el usufructo de las tierras comunales, del agua y los otros recursos naturales, necesarios para la alimentación, vivienda y los remedios medicinales tradicionales (Saruchera, 2004).

Los cultivos comerciales en manos de la agroempresa transnacional han destruido la economía de subsistencia y han desplazado la agricultura anteriormente biodiversa y sustentable. Ahora producen monocultivos que requieren paquetes tecnológicos, maquinaria pesada, fertilizantes y pesticidas químicos que recientemente, emplean semillas genéticamente modificadas. Françoise d'Eaubonne (1974), una de las fundadoras del ecofeminismo, insiste en que la tecnología alienante está destruyendo la naturaleza y, a la vez, las relaciones humanas (Cheney, 1987). Al igual que Gandhi, ella apoya con muchas otras ecofeministas el regreso a la tecnología simple y adaptada, la energía renovable (eólica y solar), donde se reestablece la relación sagrada con la Madre Tierra.

Vandana Shiva, una cofundadora de Mujeres Diversas por la Diversidad (*Diverse Women for Diversity*), argumenta que la tecnología moderna está marginando aún más a las mujeres y a los pobres del Sur

al transformar todos los recursos naturales en mercancías, controlados por una pequeña élite transnacional (CLOC-Vía Campesina-Anamuri, 2002; Shiva, 1988, 1993, 2003; Shiva y Mies, 1997; Shiva, Jafri y Bhutani, 1999; CLOC, 2004; Oswald, 2000, 2002a, 2002; 2008, 2008a).

Mujeres en la economía de subsistencia producen y reproducen los bienes en relación íntima con la naturaleza y se han convertido en expertas de sus conocimientos en los ciclos holísticos y ecológicos de la naturaleza. Pero este modelo alternativo de sabiduría que está orientado hacia beneficios sociales y hacia las necesidades de vivir, no está reconocido dentro del paradigma reduccionista, porque falla en percibir la interconexión con la naturaleza, o la conectividad de la vida de las mujeres con el conocimiento de la creación de riqueza (Shiva, 1988: 24).

El ecofeminismo vinculó prácticas sustentables de subsistencia en manos de mujeres para producir alimentos y bienestar a sus familias con el manejo no violento de la naturaleza y la sociedad (Bennholdt-Thomsen, 1994; Bennholdt-Thomsen y Mies, 1999; Bennholdt-Thomsen, Faraclas y Werlhof, 2001; Oswald, 2004) y promovió la resolución pacífica de conflictos entre toda la sociedad. Confrontadas con la escalada del crimen organizado, las violaciones, los feminicidios, la destrucción y el agotamiento de los recursos naturales, las ecofeministas se aliaron con otros movimientos sociales y promovieron comportamientos pacíficos y socioeconómicos inclusivos. Este nuevo planteamiento empieza en la vida cotidiana y se centra en las actividades de micro-nivel, donde primero se combate la violencia intrafamiliar y la exclusión social (Reardon, 1985; Boulding, 2000; Oswald, 1990, 1991, 2008; Campos, 1995) y después, las relaciones desiguales en la sociedad posmoderna.

Estas propuestas han desafiado la jerarquía patriarcal, donde la organización social, el sistema del Estado y los gobiernos dominados por hombres representan las fuentes de conflicto y de lucha por el poder. Esto se refleja también en los procesos de paz. Normalmente, los investigadores de paz trabajan en niveles macro y con una pacificación desde arriba hacia abajo dentro de un marco de visión occidental, donde intervienen árbitros poderosos (como el presidente Clinton en el conflicto Israelí-Palestina; Kofi Annan en el conflicto poselectoral en 2008

en Kenya; Glasl, 1994). Este proceso pacífico se puede cuestionar por su exclusividad, porque mantiene las raíces de la violencia en el dominio masculino y en el pensamiento jerárquico-violento, donde permanece el *statu quo* (Muthien y Combrinck, 2003). La alternativa ecofeminista se arraiga profundamente en la sabiduría de la comunidad y en la experiencia dentro de las familias y grupos subordinados. Cuestiona también la imposición del dominio patriarcal a través de la educación y el entrenamiento de mujeres, lo que es una de las causas que ha impedido su empoderamiento (Menchú, 2004; Freire, 1970; Rojas, 2004; Ríos, 2001).

Cuando el enfoque ecofeminista mostró las causas de la violencia, los pueblos indígenas —que durante muchos años habían limitado los derechos de participación comunitaria a la mujeres por pretextar valores tradicionales— se abrieron a la lucha común (véase zapatistas; Kameri y Anyango, e.p.). En estas sociedades, las mujeres no sólo cuidan a la familia extensa con la recolección de frutas, raíces y hierbas silvestres y con el cultivo de la huerta familiar, sino que también participan en las actividades agropecuarias. A pesar de ello, en África sólo 2% (FAO, 2000; Kenya, 2000) de las mujeres y en México, 18% (INEGI, 2004) poseen o usufructúan un pedazo de tierra. Además, están expuestas a la mutilación genital, al matrimonio a tierna edad y a la violación, frecuentemente encubiertos como ritos de iniciación (Mensch, Grant y Blanc, 2005). Patricia Kameri-Mbote ha cooperado en el *Optional Protocol to the African Charter on Human and Peoples' Rights of Women in Africa* que finalmente fue aceptado en julio de 2003 para denunciar y contrarrestar estas violaciones a los derechos humanos básicos de las mujeres.

En todo el mundo se han fundado partidos verdes y, gracias al sistema de cuota, un grupo importante de mujeres de clase media ha tenido acceso a cargos público-legislativos y varias entraron a la política a fundar instituciones (Cheney, 1987; Zimmerman, 1987; Fox, 1989; Kheel, 1991; Salleh, 1984, 1992). Pero sin una visión integral de género y democracia participativa, su participación acrítica ha servido de comparsa para los intereses creados y ha retrasado los cambios de fondo. No faltaron intentos de países industrializados por reducir la participación política de las ecofeministas del Sur, quienes han promovido cambios colectivos y democratización dentro de sus movimientos. Ante estas actitudes, propias del ejercicio vertical de poder, los movimientos so-

ciales han subrayado la necesidad de promover comportamientos éticos en empresas (Fox, 1989, 1993; Elliot, 1995; Engels y Engel, 1990) y gobiernos (Conley, 1997; Eckersley, 1992). No sólo hay que ocupar un cargo, sino aprovecharlo para cambiar de raíz los procesos injustos que generan violencia. Por ello, las organizaciones sociales han promovido talleres y han consolidado la educación formal con hincapié en la ética (universidad campesina, normales, secundarias y primarias) para democratizar primero sus organizaciones desde adentro, y después proponer alternativas al conjunto de la sociedad (véase las experiencias del MST, Dos Santos, 2005; CLOC-Vía Campesina-Anamuri, 2002). Ello ha creado una toma de conciencia y el empoderamiento desde abajo, gracias a la capacitación a través de la lucha diaria.

En general, el acercamiento feminista y en particular el ecofeminista han mostrado que seguridad, paz y ambiente están hoy día subsumidos en una sociedad capitalista y militarizada dentro de un Estado policial. Este Estado ha sido incapaz de garantizar seguridad personal y familiar (World Bank, 2004, 2005). Al contrario, han creado riesgos mayores al querer remediar los problemas con desarrollos tecnológicos que en sí constituyen riesgos nuevos, frecuentemente aún desconocidos (Beck, 1998c, 2000, 2007). Este Estado militarizado no ha sido competente para mitigar o resolver los problemas graves y, por el contrario, la historia está comprobando que la naturaleza y la sociedad se han visto afectadas como nunca antes en los últimos 650 000 años. Se cuenta con las evidencias científicas, a través de estudios isotópicos de las capas de hielo de la Antártida, que han conservado esta historia sicionatural del planeta. Muestran un aumento incesante y antropogénicamente propiciado por el  $CO_2$  (Munich Re, 2006).

Surgen preocupaciones similares cuando los gobiernos del Sur revisan la Carta de la ONU, y encuentran orígenes eurocéntricos en la definición de los derechos humanos y, por ende, dentro del sistema vigente de justicia internacional y sus organizaciones multilaterales. Logran mantener el *statu quo* de las sociedades occidentales ricas (Berlowitz, 2000), donde se ha creado mayor pobreza y daños ambientales en el Sur (Strahm y Oswald, 1990; Arroyo y Villamar, 2002; Arguedas, 1998). Estos paradigmas globalmente aceptados se relacionan con la propiedad privada (Richards, 2000; Richards y Schwanger, 2004),

el militarismo (Sancinetti, 1988; Elwert, 1999; Arendt, 1969; Amnistía Internacional, 1980), el armamentismo (SIPRI, 2004), la violencia sexual y la organizada (Interamerican Development Bank, 2006; World Bank, 1998) y la violencia contra mujeres (Denov, 2005) y los pueblos indígenas (Gaitán, 2002, 2004; García, 2004; Lenkersdorf, 1999; León-Portilla, 2003, 1959). Se hacen casi inamovibles a través de préstamos y posteriormente, del servicio de la deuda (CADTM, 2004), el intercambio desigual en el mercado internacional (Strahm y Oswald, 1990), los manejos autoritarios en los asuntos de seguridad (Boote, 2008), las prácticas desiguales de desarrollo (Solís, Díaz y Sevilla, 2002), los controles sociales (Sen, 1995; Senghaas, 1973), la superioridad de los países capitalistas (Preiswek, 1984), la explotación de la naturaleza y de otros humanos por empresas transnacionales (Worldwatch Institute, 1994, 1999; Calva, 2007), la discriminación cultural (Bonfil, 1987; Arizpe, 2004), la contaminación y la estratificación social (WHO, 1999). Todos estos procesos retan los pensamientos y comportamientos ecofeministas para promover una paz sustentable (Warren, 1997, 1998) y cambiar de raíz estas injusticias y violencias.

En su momento, las críticas epistemológicas feministas causaron profundo impacto entre los científicos masculinos que respondieron de manera agresiva y fueron apoyados por algunas mujeres que se asustaron ante estas críticas. Manipularon los propósitos de las reflexiones y propagaron un tipo de esencialismo feminista, donde las mujeres eran consideradas más pacíficas y con mejores prácticas ambientales (Barnhill, 1997). Algunas representantes del ecofeminismo no pudieron aceptar estas desviaciones; analizaron el acercamiento constructivista a las prácticas de paz, insistieron en las causas principales del sistema institucional y estructural profundamente patriarcal, donde los valores como objetividad, razón, agresión y dominio eran considerados opuestos a emociones, cuidados y pacifismo. Los comportamientos sociales se construyen dentro de parámetros de sociedades determinados (la capitalista patriarcal) y por lo mismo pueden ser cambiados por hombres y mujeres, pero no pueden continuar justificando la violencia. El Concejo de Seguridad retomó las preocupaciones de esta violencia, atada al sistema patriarcal y por unanimidad se aceptó la Resolución 1325 en el año 2000, para ofrecer a las mujeres mayor seguridad, sobre todo en África.

Anualmente se evalúan los avances en el ámbito global y por cada país, y se revisan los obstáculos y dificultades que impidieron dar cabal cumplimiento a la Resolución.

En síntesis, los esfuerzos para vivir con mayor armonía exigen un doble planteamiento: una nueva masculinidad (Jiménez y Tena, 2007) y una feminidad, culturalmente diversa en un mundo cooperativo, donde los cambios se hacen desde una interrelación entre instituciones democráticas y esfuerzos de grupos de base y de economía de solidaridad (Santos de Morais, 2002; Collín, 2004; Cadena, 2005, 2003). Ello generaría un efecto positivo para transformar las instituciones antidemocráticas y los privilegios existentes (Wan Ho, 1989), sin destruir la filosofía y las prácticas del cuidado para otros humanos y la naturaleza. Como afirma correctamente Geneviève Vaughan (1997) en su “economía de regalo”, los retos están en transformar el “*homo sapiens* hacia un *homo donans*”, donde la maternidad se oriente hacia las necesidades y no hacia las ganancias.

#### 4.4 PAZ SUSTENTABLE: UN RETO TEÓRICO Y POLÍTICO

El nuevo concepto de “paz sustentable” combina las ideas de diferentes escuelas teóricas acerca de la interrelación entre paz y sustentabilidad. Gilman (1983:58-59) arguye que la construcción de una paz planetaria con sustentabilidad requiere superar tres formas de ignorancia: *a.* mecanismos para la resolución de conflictos de manera noviolenta; *b.* desconocimiento sobre “el otro”, lo cual lleva a la distorsión y la desconfianza; y *c.* una inseguridad emocional de los líderes acerca de su popularidad. Propuso tres elementos básicos para superar esta ignorancia: “nutrir”, “empoderar” y “comunicar”.

Peck define paz sustentable como “desarrollo sustentable (que implica la institucionalización de procesos participativos que garanticen los derechos civiles y políticos a todos los pueblos. La construcción de bloques de paz sustentable y seguridad son sistemas funcionando con gobernabilidad en el ámbito local, nacional, regional e internacional, que responden a las necesidades básicas” (Peck, 1998:45).

En la mayoría de las definiciones y artículos sobre paz sustentable se vincula la protección ambiental y el manejo de los recursos natura-

les con la resolución noviolenta de conflictos (Gilman, 1983; Ameglio, 2002, 2004; Adelphi Research, 2004), las políticas de desarrollo de largo plazo y las situaciones de posconflictos (UN, 2000), así como con una creciente equidad, igualdad y empoderamiento de género (Dankelman, 2002; Salaya, 2004; Oswald, 2000a, 2001, 2004, 2007; CHS, 2003; Whitehead y Lockwood, 1999; King, 2003; Moser y Clark, 2001).

La relación con las teorías de la paz, la destrucción del ambiente, la discriminación y violencia en las relaciones de género (Muthien y Combrinck, 2003; Muthien y Taylor, 2002) se ha discutido conceptualmente desde tiempo atrás. Como la paz es la parte central de la identidad personal y social en un mundo donde los procesos de unificación y diversificación ocurren más rápido que nunca antes en la historia (Moscovici, 1984:31; Serrano, 2004), las personas tienen una necesidad básica de simplificar y categorizar su entorno mediante comparaciones sociales que aumentan positivamente su autoestima (Hogg y Abrams, 1988:78). El sistema de valores, ideas y prácticas que ha creado al mismo tiempo un sistema de orden, puede ofrecer a las personas o grupos la posibilidad de familiarizarse con el mundo social y material, aunque sea confrontado con mensajes y comportamientos contradictorios. La comunicación dentro de una comunidad ofrece un código de intercambio social común, donde diversos aspectos de la vida personal y de la historia colectiva se clasifican sin ambigüedad (Moscovici, 1976:xiii). Ahí se pueden superar las contradicciones e inseguridades y se ofrece la posibilidad de cooperar y, por esta vía, enfrentar los nuevos miedos que resultan de la apropiación violenta de recursos naturales, de sucesos extremos y desastres.

El concepto de paz sustentable puede remontarse hacia atrás como “diplomacia preventiva”, un término desarrollado por Dag Hammarskjöld, más tarde adoptado por Boutros Boutros-Ghali, y ahora utilizado en diferentes discursos gubernamentales y prácticos en las relaciones internacionales. Esta estrategia intenta por prevención evitar que los conflictos escalen hacia violencia y por ello se impide el surgimiento de enfrentamientos violentos. La prevención y las soluciones políticas se emplean frecuentemente en el contexto africano para soportar la emancipación pacífica de estos pueblos y el mejoramiento de su vida (Miall, Ramsbotham y Woodhouse, 1999; Lake y Rothchild,

1996). Sin embargo, los enfrentamientos violentos y las guerras civiles, como es el caso de Costa de Marfil, la República Democrática del Congo, Liberia, Sierra Leona, así como los golpes militares en la República Centro Africana requieren de una diplomacia más activa, donde se integra la perspectiva pan-africana y los cuerpos de seguridad africanos (Saruchera, 2004; Kameri y Anyango, e.p.).

Muchos esfuerzos diplomáticos, incluidos aquellos de la Unión Europea, se orientan a promover una paz en África, aunque frecuentemente se protejan al mismo tiempo intereses neocoloniales, como se muestra en el caso de la República Democrática del Congo o, anteriormente, en Ruanda y Burundi. Las conferencias internacionales sobre seguridad y cooperación<sup>3</sup> pueden ayudar a entender los conflictos étnicos de larga duración en Ruanda y Burundi, que han generado diferentes olas de genocidios. Antes del genocidio, tanto el tamaño como el mandato de los cascos azules para una misión de paz eran inadecuados para esta compleja tarea. Las recomendaciones de los dirigentes operativos de la ONU para la paz fueron ignorados cuando alertaron a la comunidad internacional de lo que se estaba preparando. Cuando las atrocidades se generalizaron, el Consejo de Seguridad decidió retirar sus tropas,<sup>4</sup> y dejó a los perpetradores el camino libre para ejecutar sus planes y exterminar el mayor número de personas del otro grupo étnico. El Ejército de Ruanda (FAR) fue derrotado, y la milicia interahamwe, responsable del genocidio, posteriormente obtuvieron el permiso de quedarse con los refugiados *bona fide* en el mismo campo de refugiados. Éstos se convirtieron en lugares de reclutamiento y de entrenamiento para la posterior guerra en el Congo, generando además terror y violencia dentro de los mismos campamentos.

<sup>3</sup> Misiones de pacificación, arbitraje y mediación han sido ocasionalmente reforzadas con sanciones por parte del Consejo de Seguridad y a veces, con intervenciones directas, como en el caso de Afganistán (2001-) y la primera guerra en Irak. No obstante, en la segunda guerra de Irak y sin el aval del Consejo de Seguridad, los resultados fueron pobres y con un proceso altamente desgastante.

<sup>4</sup> Hay además evidencias de que ni la comunidad internacional ni la ONU quisieron intervenir en el caso de Ruanda, debido a que consideraban demasiado riesgoso enviar cascos azules para controlar a los grupos guerrilleros y las turbas. Algo similar está ocurriendo en Sudán.

Estos países necesitan mucho más que paz y seguridad global; requieren de condiciones para iniciar un desarrollo sustentable, de acuerdo con su cultura y sus propios intereses (Berg, 2007; Jean, 1991; Matthew, 2004). Para lograrlo primero deben identificarse las causas regionales de inestabilidad y deficiencia en la gobernabilidad, en las cuales los propios grupos sociales implicados en el conflicto deben entender de manera integral la complejidad del proceso, sin la intervención directa o indirecta de las antiguas potencias coloniales y sus intereses neoliberales. Para promover una paz duradera, se han utilizado las Fuerzas Pan-africanas de Paz en diversos conflictos —en lugar de los cascos azules de la ONU— y ellos han podido consolidar la paz en diversas regiones.

Gracias a este mecanismo, varios países africanos han encontrado la paz como resultado de un manejo interno de pacificación, desarme y desarrollo. La transición noviolenta del sistema de *apartheid* hacia un gobierno democrático y multirracial en África del Sur es el mejor ejemplo para resolver, con esfuerzos internos, los conflictos existentes. Al precisar los pasos concretos y comprometer a todas las personas que puedan consolidar la paz, y un modelo de país multicultural y multirracial, se han podido superar los obstáculos paso a paso, en beneficio de todos, gracias a una negociación permanente. Cuando se incluyó a los medios masivos de comunicación, a las iglesias, los partidos políticos, los intelectuales, los líderes sociales, los políticos y a los empresarios se generó una arena política que puede construir un país nuevo y elegir de manera pacífica un gobierno democrático (Mandela, 1994). Una amnistía global y parcial en África del Sur (cuando los soldados y policías no habían cometido atrocidades y sólo habían ejecutado órdenes de sus superiores) ha tratado de reorganizar la vida civil de los países en la fase del posconflicto.

Otro ejemplo se da en los tribunales de *gacaca* (sobre el pasto) en Burundi y Ruanda, donde los grupos étnicos opuestos que habían asesinado se sentaron con los sobrevivientes de las víctimas y trabajaron para una sola meta: crear un país nuevo, en el que ambos grupos étnicos podían sanear los traumas de la guerra civil y los miedos ante nuevos ataques. En América Central, el proceso de África del Sur sirvió de ejemplo en el caso de Guatemala y, parcialmente, también en El Salvador. Después de la firma de los acuerdos de paz todos estos países tenían

una tarea muy delicada: ¿cómo tratar a las víctimas de esta violencia de Estado? El Informe de Guatemala *Nunca Más* contaba con el apoyo de la Iglesia católica y un día antes de publicarse el documento con las denuncias contra el ejército, un obispo comprometido (monseñor Girardi) fue asesinado de manera cruel. Las fuerzas armadas trataron de impedir la condena pública del etnocidio y genocidio que habían perpetrado (Cabrera, 2002; Padilla, 2002). En Chile, Argentina, Guatemala, El Salvador se trata todavía de sanar las heridas de los jóvenes desaparecidos y asesinados en campos de tortura (en Argentina con la Comisión Nacional para la Desaparición de Personas, 1984; Sancinetti, 1988; Amnistía Internacional, 1980; y en Chile: Díaz Müller, 1982; Letelier, 1980; Valenzuela, 1991).

Adicionalmente a estas guerras sucias, el sistema económico transnacional está protegiendo y fomentando el crimen organizado,<sup>5</sup> el tráfico de personas, la pornografía y la violencia en los medios masivos de comunicación y en la calle. Por su parte, el Banco Mundial (World Bank, 1998) demostró que los países con gobiernos democráticos no han sufrido hambrunas, porque los gobiernos responsables han acudido a las instancias internacionales para solicitar ayuda alimentaria a tiempo y han creado internamente instancias de control para evitar los procesos de acaparamiento y encarecimiento de alimentos. Al contrario, cuando los gobiernos autoritarios o militares (véase Etiopía, Sudán, Biafra y otros) se vieron confrontados con una escasez severa de alimentos reprimieron las manifestaciones populares; tampoco buscaron apoyo internacional para aliviar el problema nacional. Cuando la hambruna se generalizó, estos gobiernos fueron derrocados mediante golpes militares.

Más aún, la discusión científica está buscando vínculos entre la pérdida de seguridad ambiental y los problemas políticos, pero hasta ahora no existen suficientes evidencias empíricas que muestren una relación directa entre ambas, lo que pudiera inducir respuestas violentas.

<sup>5</sup> Existe un vínculo directo entre el lavado de dinero durante la guerra sucia en Argentina y Chile y el tráfico de mujeres y la pornografía, en el cual políticos y militares se vieron involucrados. Similares casos se reportan en México, donde gobernadores, legisladores y políticos de diferentes niveles y partidos han sido acusados de pederastia con empresarios transnacionales (Cacho, 2006). Asimismo, la Iglesia católica ha fomentado el encubrimiento de pederastas entre sus sacerdotes.

El tema se relaciona con la escasez y la contaminación del agua que afectan la productividad y la disponibilidad de alimentos. En África ambos factores se han reforzado mutuamente en condiciones de guerra civil (Oswald y Brauch, 2006; Muthien y Taylor, 2002; Saruchera, 2004).

Por último, hay pruebas de que la intervención internacional o de grupos nacionales puede minar los esfuerzos de pacificación (véase el control militar en Chiapas que está limitando la ayuda y el apoyo al desarrollo de regiones altamente marginadas; en Colombia, las acciones militares han retrasado o impedido la liberación de personas secuestradas durante muchos años). Más compleja se torna la situación, cuando está en juego el acceso a materiales estratégicos o raros, léase hidrocarburos, diamantes y metales preciosos o raros (en Nigeria, Irán, Irak, Angola, Congo y otros).

Como conclusión preliminar: si no se atienden los problemas centrales de violencia y los factores ambientales, estructurales y culturales; si no se refuerza la inestabilidad y no se consolida una “paz” y un “desarrollo sustentables”, lo que se hipoteca es el futuro. Sin duda alguna, las organizaciones internacionales están más interesadas en mantener el *statu quo*, y proteger los intereses de los países industriales sobre el control o acceso a los recursos naturales. Por ello, permiten la evolución de conflictos, que se mantenga una guerra interna y, a veces, hasta apoyan grupos proclives a sus intereses hegemónicos e imperiales. Reproducen además, el principio romano de *divide et impera*. Todos estos retos para la paz en el siglo XXI se complican aún más con los cambios ambientales y las condiciones de miseria en Asia, África y América Latina.

#### 4.5 NEGOCIACIÓN DE PAZ SUSTENTABLE CON EQUIDAD DE GÉNERO

Las metas de una paz sustentable internacional están relacionadas con la seguridad, la estabilidad estructural, el desarrollo sustentable y la protección, igualdad y con la equidad de las mujeres con empoderamiento en las regiones afectadas por conflictos. Más específicamente, esta paz sustentable necesita interrelacionar cuatro procesos:

- Problemas de medio y largo plazo relacionados con la seguridad y la cooperación en la región;
- Mejoramiento de la capacidad regional y creación de mecanismos que pueden prevenir, manejar y resolver crisis por medios no militares;
- Consolidar el desarrollo de instituciones democráticas con representatividad gubernamental, donde se garantice el cumplimiento de los derechos humanos y las libertades fundamentales;
- Promover un crecimiento sustentable que reduzca la pobreza al comprometer directamente a las mujeres en los procesos productivos y de servicios.

Para tener éxito, se compromete tanto a las partes relacionadas con el conflicto, como a las partes que influyen indirectamente. En primer lugar se establece una agenda y los principios básicos de negociación. Estos procesos deberían ir más allá de los principios generalmente utilizados (a veces mal usados) como el respeto a la soberanía, la integridad territorial, la inviolabilidad de las fronteras internacionales, la democracia, el respeto de los derechos humanos y los derechos a la propiedad privada por parte de empresas transnacionales, los contratos de privatización y los servicios de deuda; y también precisar concretamente los temas delicados.

El segundo factor se refiere a los programas de control de armas pequeñas legales e ilegales, y al desarme de la población civil: ésta puede intercambiar sus armas por instrumentos de trabajo. A principios del siglo XXI, Estados Unidos ha exportado más de 65% de las armas mundiales y en todos los conflictos armados la entrada ilegal de armas se presenta a través de diferentes mecanismos (SIPRI, 2006), lo que frecuentemente impide crear mediadas de confianza y de protección para minorías, o la reconciliación nacional.

Un tercer proceso evita que los intereses de diferentes actores (locales, nacionales e internacionales) e instituciones de diversos niveles intervengan en el proceso preparativo, que frecuentemente tienen necesidades e intereses contradictorios (ONU, UA, OSCE, UE).

Como cuarto factor, es necesario seleccionar cuidadosamente las partes encargadas de llevar directamente el proceso de negociación

del conflicto, que incluye una amplia gama de intereses y personas. En África del Sur fue posible negociar con un espectro amplio de líderes de movimientos sociales, medios masivos de comunicación, políticos, académicos, empresarios, autoridades tradicionales, jóvenes, ancianos, grupos de liberación nacional, autoridades regionales y grupos organizados de mujeres. Esta representación social incluyente podía transmitir los puntos acordados en cada sesión hacia los diferentes grupos interesados y negociar los nuevos puntos antes de llevarlos al grupo negociador.

Una vez acordada la agenda y los participantes en el proceso de negociación, se requiere un financiamiento independiente y condiciones de seguridad para los negociadores. El lugar de la negociación debe ser seguro y resguardado. La seguridad se puede garantizar mediante organizaciones internacionales (casco azul, UA, OSCE), por países vecinos u ONG internacionales. En esta fase hay que estar consciente que muchos grupos están interesados en el fracaso del proceso, y por ello, es imperativo evitar toda agresión o violencia en esta fase. Los mecanismos útiles para proteger las negociaciones han sido el armisticio parcial, las negociaciones en un tercer país neutro y un control estricto armado por terceras partes.

Un sexto factor se relaciona con los medios masivos de comunicación: pueden reforzar o destruir el proceso, lo que depende de si la transmisión es transparente y verídica. Es evidente que tienen la capacidad de desatar la violencia, como se pudo documentar en Burundi y Ruanda, donde el grupo étnico de los hutu fue incitado a la violencia por la radio.

Una vez alcanzado un acuerdo inicial de paz, la primera fase de transición es crear condiciones mínimas de seguridad física para la gente, especialmente los más vulnerables (Resolución 1325 del CSONU). David (1999) introduce el alto al fuego y la reducción de la violencia como un elemento transitorio hacia una mayor seguridad, donde se negocia un alto definitivo de las hostilidades, el control de armas y su destrucción, y una remoción inmediata de las minas personales, los explosivos y otros objetos de guerra que pudieran amenazar la vida de la población civil. En los países centroamericanos, la lucha contra el crimen organizado —donde se reclutaba niños soldados— requirió de la cooperación de los ciudadanos. Por otra parte, los niños soldados y los

miembros de las guerrillas necesitan espacios sociales para reintegrarse a la vida civil; las oportunidades de regresar a sus hogares sin reproches y comprometerse activamente en el proceso de reconstrucción; lo que significa abrir inmediatamente un ingreso alternativo.

En esta fase es necesario entrenar y reestructurar a la policía, al ejército, al ministerio público y las instituciones políticas (Höffe, 2003). Estos procesos se deben llevar a cabo antes de que los refugiados regresen a sus hogares. Una experiencia positiva es la participación de las mujeres en el intercambio de armas por instrumentos domésticos o de trabajo, su colaboración en tribunales de paz para juzgar los crímenes de guerra (*cacaca* en Burundi), su participación en procesos colectivos de sanar los traumas de las masacres y atrocidades de la guerra (Cabrera, 2002); atención médica como víctimas de violaciones masivas, cirugía reconstructiva de órganos sexuales destruidos, medicamentos para atender el VIH/SIDA, así como la capacitación para reorganizar una sociedad posguerra.

Una vez estabilizados los procesos socioeconómicos y administrativos básicos, y garantizada la seguridad de los refugiados, viene la segunda fase de pacificación. Se trata de la construcción de instituciones que garanticen los niveles básicos de seguridad y participación política, para organizar elecciones libres y campañas democráticas. Al principio, los cascos azules y otros grupos especializados se encargan de la seguridad pública y evitan nuevas intervenciones de fuerzas externas o fracciones internas (generales dispuestos a golpes militares, armas, tráfico de humanos y de trabajo forzado; ILO, 2005), que frecuentemente pueden destruir el incipiente proceso de pacificación. Se pierden los beneficios obtenidos durante la guerra (tráfico ilegal de armas,<sup>6</sup> hidro-

<sup>6</sup> Angola requirió de múltiples intentos de negociación debido al mercado ilegal de diamantes, los intereses sobre el petróleo y el tráfico ilegal de armas. Todos estos actores reiniciaron diversas veces las hostilidades para conservar sus mezquinos intereses económicos, frecuentemente con ejércitos privados y guardias blancas. Las armas provenían de Estados Unidos, Rusia, la Gran Bretaña, Francia y otros que triangulaban de manera ilegal después que el CSONU había declarado un embargo de armas a la nación. La guerra de Irán-Irak (1980-1988) es otro caso donde la administración Reagan soportó a Saddam Hussein contra Irán, a través de imágenes de satélite, sujeto a sanciones por parte del Congreso de Estados Unidos (Brauch, 2003a). A su vez, el es-

carburos, diamantes, metales preciosos y drogas). Durante esta fase rige el principio de “cero tolerancia”.

Reychler y Paffenholz (2001) insisten en que durante la transición a la democracia se requiere de un entrenamiento específico de la sociedad civil (Rood, 2005) para entenderla y acudir a elecciones libres, llevar a cabo campañas electorales y discusiones no violentas sobre asuntos de importancia para el futuro de la localidad, región o nación. Para lograr la consolidación de los procesos democráticos, las minorías y los partidos pequeños necesitan apoyos especiales para obtener voz y voto por sus intereses, frecuentemente mediante un sistema plurinominal.<sup>7</sup> A las mujeres generalmente se les excluye en esta fase de consolidación y solamente los programas de cuotas pueden garantizar su ingreso activo y, con ello, una paz sustentable más sólida. Es especialmente importante la participación activa y sin presiones de las mujeres en los ministerios, el aparato judicial y el penal; algunos países han optado por nombrar a mujeres como ministras de defensa (Chile, Colombia, Finlandia).

Durante esta segunda fase, las Comisiones de Verdad no sólo ayudan a sanar traumas por masacres y torturas, sino que apoyan a reducir el terror entre la población civil. Personas acusadas de crímenes de lesa humanidad, de desapariciones clandestinas, violaciones masivas y otros abusos contra la población civil tienen que presentarse ante la justicia para reestablecer la confianza en las nuevas instituciones. La investigación colectiva de masacres, desapariciones y crímenes de guerra debe estar en manos de hombres y mujeres capacitados. Recuperar la memoria histórica puede servir de catarsis colectiva en los traumas de guerra, cuyo ejemplo son las víctimas indígenas en Guatemala (Cabrera, 2002).

Todos estos procesos de pacificación tienden hacia una tercera fase de transición, donde se rehace la economía y se reconstruyen los servicios básicos y la infraestructura civil, dañados por la guerra. Los recursos limitados exigen consensos sociales que eviten el surgimiento

---

cándalo de Irán mostró las complejas redes de traficantes ilegales de armas que a través de Centroamérica llevaban armas a Irán, supuestamente enemigo de Estados Unidos.

<sup>7</sup> Las minorías obtienen un lugar en el parlamento mediante acuerdos especiales con los partidos dominantes para garantizar la capacidad de expresar sus intereses.

de desigualdades regionales y sociales en esta fase de reconstrucción. El paulatino avance y la normalización de la situación consolida la confianza de la población en las nuevas autoridades, y también la crea en que el proceso de paz que se está consolidando entre los cuerpos financieros internacionales. Frecuentemente, la limpieza de las áreas contaminadas por la guerra requiere de apoyo profesional para evitar efectos de largo plazo en la salud humana y en el ambiente: los remanentes del Agente Naranja y los asociados pcb generan todavía hoy cáncer y otras enfermedades degenerativas y malformaciones genéticas en Vietnam (Stone, 2007). Dichas zonas requieren también de servicios especializados para atender a niños con otras capacidades con el fin de integrarlos a la sociedad de posguerra.

#### 4.6 FUTURO DE LA PAZ SUSTENTABLE EN EL SUR: ALGUNAS CONCLUSIONES

Los argumentos centrales respecto al concepto de “paz sustentable” y sus efectos en el comportamiento pacífico se pueden resumir así: primero, en analogía con el desarrollo sustentable (Brundtland Commission, 1987), las Naciones Unidas han tratado de realizar un nuevo esfuerzo de paz, basado en la diplomacia preventiva y en el reforzamiento de los derechos humanos, conceptos centrales en la Carta de la Constitución de la ONU (Art. 33 y Preámbulo). Posteriormente, su anterior Secretario General, Kofi Annan, lo asoció con el concepto de “paz sustentable”.

Segundo, en su estrategia de largo plazo, la consolidación de paz se convirtió en la meta principal para contener conflictos armados. En estos esfuerzos, la ONU fue apoyada por la Corte Internacional de Justicia y los cuatro organismos o arreglos regionales, bajo el Capítulo VIII de la Carta de la ONU: la Liga Árabe (1945), la Organización de los Estados Americanos (OEA, 1945), la Organización de la Unidad Africana (OUA, desde el 9 de julio de 2002 UA) y la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE, 1945) o la Organización para la Seguridad y Cooperación en Europa (OSCE, 1994).

Tercero, después de la Guerra Fría las grandes potencias no estaban dispuestas a reconvertir sus industrias militares en civiles y disol-

ver las alianzas militares existentes; por el contrario, Estados Unidos invirtió la mayor parte del presupuesto militar en ciencia y tecnología bélica. En general, Occidente necesitaba exportar masivamente armas para compensar parcialmente los menores requerimientos nacionales y no detener las industrias relacionadas con la producción militar, lo que incrementó el potencial conflictivo: la venta de armas a caudillos despóticos en países inestables; asimismo, las armas de Europa destinadas a la destrucción se contrabandearon hacia África y otras partes.

Cuarto, el excesivo hincapié en la Guerra Fría y la ausencia de una seguridad colectiva eficaz —por el derecho de veto de los cinco miembros permanentes en el Consejo de Seguridad— eclipsó la discusión de asuntos urgentes de la agenda internacional. Estos temas se retoman parcialmente con la Conferencia de la Cumbre de la Tierra en Río de Janeiro en 1992 y en la Cumbre Mundial sobre el Desarrollo Sostenible en Johannesburgo en 2002. Durante estas casi cinco décadas perdidas para el desarrollo, el abismo entre pobres y ricos se hizo gigantesco, tanto dentro de los países en desarrollo como entre Norte y Sur. Esta injusticia social, frecuentemente agravada por tensiones étnicas, por la escasa gobernabilidad y el ejercicio despótico de poder genera las bases de una inestabilidad política mayor.

Quinto, la extracción de recursos y un crecimiento económico basado en hidrocarburos baratos (petróleo, gas, carbón) han contribuido a cambios ambientales globales antropogénicamente agravados. El crecimiento poblacional en el Sur y la falta de empleos de calidad y servicios públicos deficientes están generando cuadros desesperantes en muchas partes del mundo. El cambio climático y el cambio ambiental global han provocado pérdida de biodiversidad, desastres y pobreza, y como consecuencia, flujos migratorios amplios, que han inducido crecimientos urbanos caóticos con ciudades perdidas, migración ilegal internacional y nuevas amenazas por desastres sicionaturales (Bogardi y Brauch, 2005; Brauch, 2006b, 2006c).

Sexto, el legado de la Guerra Fría indujo también prácticas gubernamentales abusivas, masacres, golpes militares, grupos paramilitares, tortura, etnocidios, discriminación, trabajo forzado y otros (ILO, 2005). Los grupos vulnerables quedaron abandonados, con resultados negati-

vos en derechos humanos y un sistema jurídico y judicial ineficiente y corrupto. Adicionalmente, la mitad de la población mundial está desnutrida, mal alimentada, sin educación y vive en condiciones insalubres y con precarios sistemas de salud, sin contar la infraestructura deteriorada como resultado de gobiernos ineficientes y débiles (Welsh, 1993).

Séptimo, la herencia del colonialismo y las luchas por la independencia, junto con las prácticas políticas y económicas de los líderes, han facilitado al Norte mantener el control de las organizaciones financieras y económicas más importantes (BM, FMI, OMC), gracias a su fuerza militar y a su poder económico y político. Son capaces de imponer a los países más débiles del Sur sus roles y procedimientos (programas de ajustes estructurales del FMI, términos desiguales de intercambio, TRIP, GATS). Estos procesos crearon un tipo de neocolonialismo que ha incrementado la desigualdad social y ha generado nuevos procesos de miseria.

Octavo, la fragmentación, inconsistencia y abismo en la evaluación de la pobreza y de las Metas de Desarrollo del Milenio, pero sobre todo, una política sin sensibilidad de género que impidió su participación activa, han hipotecado el futuro de las naciones pobres y especialmente de sus grupos vulnerables, las mujeres. Al igual que durante los últimos cinco milenios, las mujeres siguen invisibles, aunque las ideas y propuestas sobre asuntos de género y reducción de pobreza están cambiando (Söderberg, 2004). Muchas organizaciones internacionales todavía fallan en alcanzar sus metas por no entender el funcionamiento de las redes sociales que establecen relaciones entre los niveles de educación femenina, tasas de crecimiento económico y pobreza (Whitehead y Lockwood, 1999). La política tiene que enfocar estos procesos dinámicos relacionados con el modelo de acumulación y la depauperación, para ofrecer condiciones de paz sustentables con bienestar al Sur y a las mayorías.

Noveno, la precaria situación económica de la ONU ha impedido resolver de manera integral la complejidad de los problemas expuestos. También ha impedido construir modelos y proyectos de desarrollo, que reduzcan los abismos sociales, y hagan partícipes a las mujeres en los procesos de pacificación y desarrollo. Por lo mismo, la injusticia ha aumentado y está creciendo aún más dentro y entre países.

En esta compleja y contradictoria situación, la ONU y sus cuatro organismos regionales han tratado de reforzar la paz y la seguridad mediante procesos de paz sustentable. No obstante, los estudios empíricos mencionados arriba muestran que globalmente las causas de fondo de los conflictos han estado vinculadas con una mala gobernabilidad, subdesarrollo, destrucción ambiental, hambrunas y desnutrición, con un sistema económico mundial injusto, con un sistema judicial que solapa el crimen organizado y con la discriminación y violencia de género. Para promover una paz sustentable y seguridad, las acciones militares son inadecuadas e insuficientes. Los cascos azules pueden sólo acotar guerras en procesos y consolidar acuerdos de paz, pero frecuentemente no han podido garantizar la vida a los más vulnerables, ni siquiera en los campos de refugiados (en Ruanda, Darfur). No hay duda tampoco de que el desarrollo sustentable exige una paz sustentable y pueden inducir no sólo una agenda de prevención de conflictos, sino también la resolución noviolenta de conflictos y un futuro sustentable.

Muchos esfuerzos para crear confianza, gobiernos legítimos, reducción de la desigualdad social y la cooperación global se han articulado regionalmente y han incorporado la sensibilidad cultural. Estas actividades también deberían abarcar a los cuerpos electorales, judiciales, ejecutivos y legislativos, junto con la sociedad civil. Además, la identificación dinámica de personas en riesgo, la reducción de vulnerables al ejercer actitudes de resiliencia, el cambio de actividades proclives a conflictos, y la educación y el entrenamiento de prácticas que consolidan la paz y la tolerancia han podido impedir y reducir confrontaciones armadas. Todavía permanecen algunos procesos de violencia como el tráfico de armas, el comportamiento despótico de las élites, las empresas transnacionales con su destrucción ambiental, la corrupción gubernamental y privada, la industria militar y los cuerpos castrenses. Además, en el Sur se han tropezado con un sistema legal débil, con un crecimiento de la población agudo, una destrucción ambiental severa y efectos del cambio ambiental global. Junto con el crimen organizado, estos agentes y procesos amenazan la paz.

Frente a estos límites que se agravan con nuevos riesgos y amenazas, la paz sustentable requiere de un consenso mundial y un Nuevo Pacto de acciones colectivas y leyes que deberían adoptarse global y

localmente. En este pacto, las instituciones internacionales y locales, junto con movimientos sociales, organizaciones de mujeres, ambientalistas y protectores de la niñez y de discapacitados, pueden desarrollar nuevos procesos de aprendizaje para crear resiliencia y entrenar a la población en comportamientos preventivos, tanto en el Norte como en el Sur (CLOC-Vía Campesina-Anamuri, 2002). Tal entendimiento dinámico de los procesos de depauperación y de riesgo puede mejorar el bienestar de todos los habitantes, mediante la agricultura de subsistencia (Bennholdt-Thomsen, Faraclas y Werlhof, 2001), el sistema de microcréditos y dinero alternativo (Muhammad Yunus en Bangladesh; Lópezllera, 2003), mercados locales y regionales; integración horizontal y vertical de los procesos productivos y encadenamiento de microempresas (Cadena, 2003, 2005); economía de solidaridad (Collín, 2004; Parrilla, Bianchi y Sudgen, 2005) y estrategias de vida dignificadas con solidaridad (Oswald, 1991).

En resumen, el concepto y las metas de “la paz sustentable” contienen elementos teóricos valiosos que pueden inducir hacia un modelo de sociedad mundial integral y diverso, donde la protección ambiental y la recuperación del entorno se combinen con energía renovable y eficiencia energética, con el uso de ciencia y tecnología para reducir los efectos del cambio ambiental global y del cambio climático, junto con una eficaz erradicación de la pobreza. Ante una incertidumbre cada vez mayor, deberían estimularse los procesos de auto-desarrollo de grupos sociales organizados y conscientes de su cultura, así como de sus capacidades de transformación. Existe un potencial social virgen en el hecho de capacitarse en la educación para la democracia, en el mejoramiento económico y en la resolución no violenta de conflictos, en los cuales se cuida a los vulnerables y se supera la discriminación de género (IFRC-RCS, 2007; Ariyabandu y Fonseka, 2008). Una cultura de paz con tolerancia, que integre a las minorías y a las mujeres debería complementarse con una profesionalización de los funcionarios públicos que promuevan la participación activa de una gobernabilidad democrática. Acompañada de reformas legales y su aplicación transparente, desde arriba pueden reforzarse los esfuerzos gestados con sabiduría y, desde abajo, los conocimientos colectivos. Estos elementos son cruciales para consolidar la paz sustentable. Si se incluyeran los conocimientos ancestrales de la

maternidad, las tradiciones y prácticas ancestrales, la dinámica de los movimientos sociales y la economía de regalo (Vaughan, 1997) podría ampliarse el concepto de paz sustentable y crear una utopía posmoderna (Frankel, 1987; Habermas, 1975, 2001, 2000, 1998, 2002) que sirva a la humanidad, a la naturaleza y al futuro del planeta para constituir una civilización incluyente, diversa, tolerante y sustentable.